



Ensayo sobre la mirada

Prof. Antonio Piñero Bustamante

Hace bastantes años estuve en una conferencia en los estados unidos, de un neurocientífico que nos decía: ¡Ah, si supiéramos como ve un perro el mundo que le rodea! No solo nos quedaríamos boquiabierto, sino que nos ayudaría a entender cómo percibimos y construimos también, nosotros el nuestro.

Hoy se piensa que el mundo de nuestro entorno y en el que vivimos, en buena medida, es creado por nuestro propio cerebro. Nada hay que pase por el cerebro de una forma pasiva, transmitida sin más, desde la percepción de nuestro mundo físico, de todos los días, hasta el mundo de nuestras propias imaginación e ideas.

Pero lo que, si tienen claro los neurocientíficos, es que tanto el perro como el delfín, que tiene un cerebro mayor, tienen una percepción y una realidad del mundo que les rodea, muy diferente a la humana. Así, nuestro conocimiento del mundo nace de lo que va construyendo nuestro cerebro desde que nacemos. Por eso, aunque sea difícil comprender, se piensa que el mundo que vemos, oímos o tocamos, es mundo real en tanto que solo es mundo real humano.

Algunos fisiólogos nos dicen que nuestro cerebro es el producto de una lucha por la supervivencia y no una lucha por lograr el conocimiento. La fuerza de nuestro cerebro como la de la gravedad nos anclan, inevitablemente a la tierra donde hemos nacido. Podemos ver, volar con la imaginación, asociar conceptos y figuras, pero toda imaginación es hija de nuestras memorias que lo son a su vez, de esas memorias antiguas, ancladas en los genes desde hace millones de años.

Podemos, como digo, imaginar millones de formas y colores, pero todo girara siempre alrededor de ese receptor, que nos convierte la luz en ese lenguaje físico-químico, que entiende nuestros cerebros y con el que se construye, desde que nacemos, no solo nuestro mundo visual sino también, nuestra memoria a través de la mirada Ese receptor es la retina.

Decía mi maestro que «la retina es un trozo de cerebro que se asoma a ver la luz». Esta curiosidad, que la retina manifiesta, nos permite, no solo ver, sino ir construyendo nuestro mundo, desde que nacemos, a través de la mirada. Ver es lo que ocurre cuando tiene éxito la acción de mirar.

Es increíble que en nuestro rostro algo tan pequeño, como nuestros ojos, nos permitan, a través de la mirada, crear tal cantidad de información en nuestro cerebro, conectar con tantas y distintas situaciones a lo largo de nuestra vida desde el nacimiento. Todo queda almacenado, y es nuestra memoria la que hace que una mirada concreta desencadene multitud de información. Este fenómeno de la mirada, mirar con atención, esa curiosidad, se sustenta en lo que miramos y en buena medida en nuestra experiencia previa, como digo, en todo lo que hemos ido almacenando desde nuestro nacimiento.

No hay nada más subjetivo y más engañoso que la mirada, en la que la perspectiva y la secuencia temporal hacen imposible distinguir entre lo real y lo que imaginamos. Mirar es siempre interrogarse sobre el ser u objeto que miramos. Nada hay más indescifrable que lo que tenemos ante los ojos y aceptamos como evidente.



Nunca miramos solo una cosa; siempre miramos la relación entre las cosas y nosotros mismos. Nuestra mirada esta en continua actividad, en continuo movimiento, aprendiendo continuamente. Esta relación con las cosas se encuentra en un círculo cuyo centro es ella misma, constituyendo lo que esta, presente para nosotros tal cual somos.

Así, en este escenario que es la mirada, hay distintos actores que consiguen que la obra alcance multitud de expresiones. El primer actor, son nuestros ojos. Los ojos grandes patrimonio de los niños; el ojo del viejo es, pues, opuesto al ojo del niño. Este se abría curioso y maravillado ante el espectáculo para él nuevo, del mundo; el viejo, con los años va perdiendo interés por casi todo y sus ojos tienden a cerrarse.

Es la mirada una de las formas más íntimas de contacto con el otro. Cuando nos miramos a los ojos, reflejamos lo que llevamos dentro, algunos autores utilizan el término, dentro del alma. Es ese poder de la mirada, la capacidad de hablarnos, a menudo con un lenguaje elocuente, lleno de infinitos matices. Solo a veces lo hace con voz queda y engañosa. Y en ocasiones como decía Unamuno: «Hay ojos que miran, hay ojos que sueñan» (2).

Salvo en este ultimo caso, casi siempre es fácil interpretar lo que nos dicen. Shakespeare puso en labios de Romeo: «Ella. Mas nada dice, ¡que importa, si sus ojos hablan!» (3).

Alcanzar a mirar a alguien a los ojos, nos permite dar sentido a nuestra percepción sobre su estado de ánimo, su introversión o extroversión, su enfado o su desánimo. De una manera involuntaria, la mirada habla de cómo nos sentimos.

Siempre se ha hablado de la importancia del contacto visual. Un hecho habitual en las interacciones es esperar que el interlocutor mantenga el contacto visual mientras hay comunicación. Se busca ver si la mirada es sincera. Es algo más que una forma de respeto: es un rasgo de atención, interés y reciprocidad.

Por otra parte, cuando hay contacto visual constante de alguien que no se conoce, puede parecer o ser intimidante.

Mientras que las palabras sean sinceras, parece que los ojos no mienten. No obstante, cuando las personas mienten, sus ojos permanecen relativamente inmóviles. La explicación la encontramos en el desafío cognitivo que ello supone, pues mentir es, desde el punto de vista mental, más desafiante que decir la verdad. Para resultar convincente hay que inventar una historia que coincida con lo que el otro sabe, pero sin contradecirse. Cuanto mayor es el movimiento ocular, más estímulos visuales se perciben, lo que puede distraer al «mentiroso». En cambio, fijar la vista permite concentrarse en la construcción interior de la mentira.

Pero en este escenario, hay también actores secundarios, que contribuyen a la expresión del rostro; es una expresión variada y rica en matices: como el movimiento de los ojos, el color de ellos; la pupila que también se expresa. Las cejas y la musculatura facial. Todos estos actores nos hablan, resultan delatores y hacen que la escena, se enriquezca.

Petrarca canto la movilidad ocular: «yo veo en el moverse de tus ojos una luz, dulce luz, que me señala la senda que hacía el cielo me conduce».

La tradición popular ha atribuido la picardía, a los ojos pardos, la astucia a los grises, la lealtad y elegancia a los ojos claros, el mal a los ojos negros. Quien aceptara estas atribuciones, y no se diera cuenta a tiempo de que nada puede la picardía o la astucia, la lealtad o la maldad de cada cual, para dar un color determinado a los ojos, tal vez habría de escarmentar con la deslealtad de algún hombre o mujer que precisamente tenía los ojos claros.

Pero también, la tradición popular, en coplillas o en la pluma de los poetas, han relacionado el color de los ojos y el carácter de las personas. El ojo claro es siempre dulce



cuando es azul. Aunque no se precise la categoría moral de esa mujer, parece evidente que no puede ser mala quien hace preguntas tan dulces e ingenuas como esta:

¿Que es poesía? – dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tu me lo preguntas?
Poesía.... eres tu (4).

El mismo Bécquer, pinta a la más malvada de su protagonista femenina con ojos verdes, que en el Romanticismo empiezan a tener cualidades malignas. Los Ojos verdes, se titula la leyenda en la que un joven caballero descubre a una joven ¿ninfa, heroína, mujer?, junto a un lago, un ser misterioso que enamora más, al desaparecer continuamente, alguien a quien el joven pregunta en su última entrevista: ¿Querrás que de crédito a lo que de ti me han dicho?, ¡Oh no! Háblame. Quiero saber si eres una mujer o un demonio. ¿Y si lo fuese? Si lo fueses, te amaría, como es mi destino, hasta mas allá de esta vida, si hay algo más allá de ella». Duda ésta que muy pronto iba a desvelarse para el joven muchacho, quien, según el poeta, desaparece arrastrado, para siempre, por la joven diablesa de ojos verdes (5).

José Cadalso en el siglo XVIII imagina una guerra entre los ojos negros y azules en el reino de Cupido, se discute el color de los ojos que el pintor debe poner a la Diosa Venus. En el jurado hay damas elegantes y mujeres del pueblo. Las primeras defienden los ojos claros:

¿Quién hubiera pensado tal locura?
¡Quien duda que el azul, bello senado
¿Es el color del cielo? ¿Quién ignora
Que cielo llama el hombre enamorado
Al dueño enamorado a quien adora.
Consta que el negro es mas adecuado
al llanto, de quien huye el que enamora;
ergo quiten el negro y su tristeza
del rostro que convida a la llaneza.
Las mujeres del pueblo y defensora de los ojos negros explican:
Los ojos negros, ¡oh, Senado hermoso!
Toda la vida han sido conocidos
Por sabios en el arte primoroso
De saber hechizar nuestros sentidos.
...He visto ojos azules apagados
Cuanto negro he visto son ardientes,
He visto ojos azules despreciados,
Los negros nunca son indiferentes.
Con fundamentos fuertes y sobrados
a los negros declaro preeminentes (6).

No hay una parte del cuerpo que tenga mayor carga emocional que los ojos. Ellos delatan nuestro cansancio o tristeza, descubren nuestra alegría y suelen decir más de lo que las palabras pueden hacerlo.



El color del iris es un hecho exclusivamente biológico, y no puede ejercer la menor influencia en el individuo con los impulsos, ni con la voluntad, ni con sus sentimientos o pasiones. Pero se ha utilizado en la literatura.

Vladimir Novokov en su obra *Lolita*, nos dice: «Sus enormes ojos color verde mar, tenían una curiosa manera de recorrerte de arriba abajo, pero evitando cuidadosamente encontrarse con los tuyos» (7).

Ernest Hemingway en *El viejo y el mar* nos dice: «Todo en él era viejo, salvo sus ojos; y estos tenían el color mismo del mar y eran alegres e invictos» (8).

Mario Benedetti nos dejó dicho «No sé ni tu nombre, solo sé la mirada con que me lo dices....., ni dónde naciste, ni quién importa lo que nos cuentas con tus ojos» (9).

De eso se trata, de coincidir con gente que te haga ver cosas que tu no ves. Que te enseñen a mirar con otros ojos.

Pero no es solo el color de los ojos lo que sirve para definir a la persona, como ya digo, el color es solo un actor más de este intrincado y complejo escenario.

Las pupilas es otro actor, regido por el juego entre el sistema nervioso autónomo, que se compone de dos adversarios: mientras que la parte parasimpática se relaja y disminuye tanto el ritmo de los latidos del corazón como la respiración, el sistema nervioso simpático activa el organismo y aumenta la atención, la tensión y dilata la pupila.

Nuestras pupilas se dilatan con la alegría, el placer, ante la visión de la naturaleza o de un cuadro.

Edmundo de Amicis en su obra: *España, viaje durante el reinado de Amadeo I de Saboya 1872*, nos describe la entonces fábrica de Tabaco de Sevilla. Y nos dice: «había un polvillo flotante en las salas que me obligaba a estornudar; quizás fuera ésta una de las razones por la que aquellas cigarreras tenían los ojos grandes y brillantes... estaban dilatados por el polvo del tabaco que sus manos elaboraban, «una especie de oftalmia», dice, «que se caracteriza por la dilatación de la pupila y la congestión de los vasos del iris y de la retina». Así tenemos esos ojos grandes, dilatados, brillantes, que hacen más negro, el negro de la pupila y los convierte en el azabache de los poetas.

Y por todas partes se ven sayas de color vivo, trenzas negras y ojazos inmensos. ¡Cuántas historias de amor, de celos, de abandono y miserias encierra cualquiera de aquellas salas! Hay caras lindísimas, y aún las que no lo son tienen algo que solicitan las miradas y se imprime en la memoria: el color, los ojos, las cejas y la sonrisa..... Al salir de la Fábrica parece verse durante largo rato y por todas partes pupilas negras que os miran con mil expresiones de curiosidad, de enojo, de simpatía, de alegría, de tristeza o de sueño.»

La mirada también significa la recuperación de la infancia rescatar el pasado, lo rehace, lo reconstruye y lo «riega mirándolo de nuevo en el recuerdo».

Quien no recuerda de pequeño la mirada de su madre con el ceño fruncido y mirada fija, mirada que nos decía: «que estas haciendo». Y otras veces, levantando las cejas, nos decía «ni se te ocurra» y todo sin mediar palabra alguna.

Y como médicos, el mirar a los ojos al paciente que tenemos delante, nos ofrece, a veces, más información para orientar un posible diagnóstico. O la mirada del acompañante que sin mirarte a la cara te pregunta: «a ver que nos dice usted», y es cuando sabes que el paciente ya viene con un diagnóstico.

Mirar fijamente a los ojos de otra persona genera una reacción de excitación, aunque la interpretación de esta varía según el contexto. Cuando nos mira un extraño durante mucho tiempo podemos verlo como una amenaza y experimentar miedo o angustia.



Hay miradas que matan y otras que enamoran. Algunas veces, una mirada puede penetrarnos hasta el fondo del alma, y otras suele fulminarnos en segundos.

Por otro lado, la mirada recíproca, el mirarse detenidamente y la observación mutua es un signo de amor. En este juego de las miradas, es la mirada lo que configura la unión de ambos.

La mirada no es silencio. Mirar es hablar con los ojos, a veces el lenguaje de la mirada tiene incluso más importancia que el lenguaje de la palabra. No solo la mirada del otro, sino también mi mirada tiene algo que decir de mí. Esta comunicación tiene un gran poder, porque ambos actores inconscientemente, están evaluando cada gesto, cada expresión, cada detalle del otro.

La mirada es pues, una herramienta que nuestro cuerpo utiliza como receptor y como transmisor de emociones y de momentos de nostalgia; nos asaltan recuerdos de los seres queridos y ausentes y solo nos queda soñarlo, con ojos de melancolía. Nos surgen imágenes del aspecto físico: un gesto habitual, una postura, el tono de voz, una cicatriz, la expresión de sus manos... tener su mirada en el recuerdo, desearíamos que regrese, son sus ojos, aunque estén cerrados, durmiendo, apagados, son imprescindibles para esos momentos oscuros de nostalgia.

John Berger en su libro *Mirar* (11), nos habla del poder de un instante. El momento fotográfico es un instante, una fracción de segundo, el autor está al asecho de ese momento como un animal salvaje. Es un momento biográfico o histórico, cuya duración no se mide en segundos, sino en relación con toda una vida; el autor hace que surja el momento del mismo modo que uno podría incitar a la narración de un cuento.

¿Que nos dicen las fotografías cuando las miramos? Nos hablan de lo retratado, personas o paisajes, que no son más que extensiones de lo que retrata, es la capacidad para invitar a contar la historia que narra, para presentar a su sujeto, de tal forma que éste está deseando decir: yo soy como me estas viendo.

Y Berger nos recuerda, que esta interpretación es más complicada de lo que parece. El presente del verbo ser se refiere solo al presente; sin embargo, cuando lleva delante el pronombre personal de primera persona, pasa a absorber el pasado que es inseparable de ese pronombre. Yo soy incluye todo lo que me ha hecho ser de esta forma.

La mirada del retrato de una madre, la instantánea de una hija o una nieta, la foto de grupo de amigos, se aprecian se miran y se leen en un contexto que es una continuación de aquel de donde lo saco la cámara. Cámara que se convierte en un instrumento que contribuye a la memoria viva. La fotografía es así, un recuerdo de la vida que está siendo vivida, o como decía Proust: «un sustituto de la memoria». El mirar una fotografía de manera desinteresada, de pronto se abre por el centro y da vida a una alegría que reconocemos al instante como nuestra, de repente nos activa la imaginación, la facultad de la memoria, y entramos en la proximidad de la distancia que nos ofrece la fotografía.

Permitirme dedicar unos minutos también a la importancia de la mirada en la lectura. Como lector que soy y que interactúa con el libro, anotando, subrayando o doblando las esquinas de las páginas...

«Todos hemos vivido durante algunos años de nuestra vida en un mundo oral. El niño mira y ve antes de hablar y desde los primeros balbuceos con lengua de trapo hasta que aprendimos a leer, las palabras solo existían en la voz. Encontrabas por todas partes los dibujos mudos de las letras, las mirabas, pero no significaban nada para ti. Los adultos que controlaban el mundo, ellos sí, leían y escribían. Tu no entendías bien que era eso,



ni te importaba demasiado porque te bastaba hablar. Los primeros relatos de tu vida entraron por las caracolas de tus orejas, tus ojos aún no sabían escuchar pero si iban almacenando sus primeras imágenes en el cerebro y poco a poco reconocías a tu madre, a tu padre y así en este tránsito hemos ido pasando del ojo a la imagen, al lenguaje, y así siempre en un ida y vuelta.

Alguien ha afirmado que «Leer es para la mente lo que el ejercicio es para el cuerpo». Y Octavio Paz nos dijo: El ojo piensa, el pensamiento ve, la mirada toca, las palabras arden (12).

La lectura nos otorga libertad de recorrer el espacio, el tiempo, la historia y ofrecer una visión más profunda de las ideas, los conceptos, las emociones, el cuerpo del conocimiento y la creatividad: «Nadie puede crear sin ser capaz de recordar»

Pensemos por un momento, como nos pide Irene Vallejo en su libro *el Infinito en un Junco* (13):

«Estamos con el libro abierto entre las manos, te dedicas a una actividad, misteriosa e inquietante, aunque la costumbre te impide asombrarte por lo que haces. Piénsalo bien. Estás en silencio, recorriendo con la vista las hileras de letras que tienen sentido para ti y te comunican ideas independientes del mundo que te rodea ahora mismo. Te has retirado, por decirlo así, a una habitación interior donde te hablan personas ausentes, es decir, fantasmas visibles solo para ti y donde el tiempo pasa al compa de tu interés o aburrimiento», tiempo que pasa rápido y no te enteras, tu mirada sigue los renglones, has entrado en un mundo nuevo, estas abstraída y con tu imaginación a pleno rendimiento.

Y se fueron, con la lectura, creando, poco a poco, nuevas percepciones, imágenes, conceptos, asociaciones, piezas todas ellas que nos permitieron poder leer y comprender con la mirada todo lo que íbamos aprendiendo. Las palabras del escritor actuaron como un catalizador en la mente de nosotros como lector.

Ya en el siglo IV, San Agustín (*Confesiones*) se quedo asombrado cuando vio leer en silencio al Obispo Ambrosio de Milán: «sus ojos transitan por las paginas y su mente entiende lo que dicen, pero su lengua calla» (Irene Vallejo).

José Luis Borges (14) nos dijo: «de los diversos instrumentos del hombre, el mas asombroso, es sin duda, el libro» Los demás son extensiones de su cuerpo (microscopio, telescopio de la vista. El teléfono extensión de la voz. Luego, el arado o la espada del brazo)

El autor de *BOMARZO* Manuel Mújica Laínez (15), nos dice: «Mi gran placer sensual ha derivado siempre -aún hoy persiste esa jerarquía- de la felicidad de los ojos. Ni el orden melódico más exquisito, ni el aroma mas raro, ni el contacto de la piel humana mas dorada y suave, ni el vino, ni el beso pueden procurarme el goce que los ojos me brindan. Tampoco, como para ciertas mentes superiores, el juego filosófico con cuanto implica de estímulo trascendente, suple para mí lo que los ojos me regalan. Ni siquiera el juego poético que tanto amo. Los ojos son para mí las compuertas por las cuales penetra en mi interior el rio rumoroso y tornasolado del mundo. Desde que llegue a Florencia mis ojos se deleitaron como si hasta entonces no hubieran captado su posibilidad de regocijo.

La capacidad de disfrutar de la hermosura y hallarla donde para los demás se encubría, como ausente, en una columna, en un arco, en la curva de un río, en una nube, en el lánguido vaivén de una rama verde y gris que dibujaba con sus pinceles de sombra caligrafías orientales.



Como pensar que una mirada pudiese transmitir tanto. ¿Qué es una mirada, al fin y al cabo? Dos ojos, dos globos oculares, Desde un punto de vista biológico, no tiene ningún sentido hablar de una ventana a ninguna parte, de un reflejo de la mente, un escaparate de los circuitos neuronales que nutren las emociones, sentimientos y acciones de su poseedor. Pero algo hay en las miradas. Somos animales tremendamente empáticos, y de algún modo hemos adquirido la capacidad de ver más allá, de leer los reflejos, el temblor o la templanza de unos ojos y traducirlo en una interpretación bastante fidedigna de lo que pasa por la mente que los dirige. Así hemos conseguido desentrañar el deseo, la sinceridad, la pena o la dicha.

Hay Miradas vacías, frías, inertes. Miradas de personas que caminan entre nosotros a diario, miradas de ojos biológicamente perfectos. Decimos de aquel que mira de una cierta manera que parece ido, como poco. La mirada del tonto, del loco, del sociópata. Todo aquel que mire sin fijar la vista, que hable sin posar sus pupilas allá donde las palabras parecen querer indicar, que parezca mirar a través de nosotros... tiene una mirada perdida perturbada. Nos incomoda y nos hace desviar nuestra propia mirada, delatando nuestra incomodidad, nuestro temor, nuestro prejuicio.

«Mírame a los ojos», exigimos cuando queremos asegurarnos de que nuestro interlocutor se entera de lo que queremos transmitir. Mas en estos casos preferimos apartarnos cuanto antes de la trayectoria de esas miradas perdidas.

¿Qué hay detrás de ellas? ¿Qué sucede en esos cerebros enfermos que no son capaces de controlar los órganos visuales que les corresponden? Las respuestas son tan múltiples como las historias que esconden. Porque sí esconden historias, tan apasionantes, emocionantes y emotivas como las que pueblan las miradas más inteligentes y románticas descritas en la literatura, el cine y las demás artes.

A veces son historias paradójicamente alegres, que describen una vida simple, ajena a su propia condición fuera de lo que llamamos *norma*. Puede que sus dueños no te miren fijamente, pero sus mentes están en paz, tranquilas, disfrutando cada segundo de la vida que controlan. En otros casos, las historias tras las miradas son tristes, desgarradoras. Esconden una lucha o peor aún, una batalla perdida. Tal vez un episodio de calma tras una tormenta, una tensión dramática que desgarrar a su poseedor. Miradas de alguien que cree ser otra persona. De alguien que escucha palabras que no están siendo pronunciadas. De alguien que ve algo que nadie más es capaz. De alguien que no sabe quién es. De alguien que sabe demasiado bien quién es y lo que puede hacer. De alguien que siente que está continuamente luchando. De alguien que está cansado de luchar.

Hoy también nos podemos encontrar personas que han dejado a cargo de su cuerpo, su voz y su mirada y sentirte con el deseo y la facultad de ayudarlo y respetarlo, hay que estar preparado para mirar a los ojos de un ser querido y ver más allá del vacío que aparece allí donde debería haber emoción, recuerdo o simplemente razón.

Recordar lo que dijo Homero en la Odisea: «los dioses tejen desventuras para los hombres, para que las generaciones venideras tengan algo que cantar».

En estas desventuras de los dioses, quiero incluir ahora el concepto de «denigración de la visión» una tendencia intelectual que se considera característica de los pensadores franceses del siglo XX. Como ejemplo os diré, que hay en las obras de Sartre más de 7000 referencias a la mirada, algunos que han estudiado su obra, arriesgan una explicación biográfica a la intensa iconofobia del filósofo: «Sartre estaba afligido por su propia fealdad y su miopía», Sartre elevó su propia experiencia de víctima de la mirada, o lo que el con-



sideraba como una condición humana universal. Para el la mirada siempre te objetivaba; el espectador era activo, agresivo y el observado era la víctima de la mirada. La mirada es tan perturbadora porque percibir es mirar, y captar una mirada no es aprehenderla; es ser consciente de ser mirado y sentir su fuerza. La mirada limita nuestras posibilidades de acción futura y por lo tanto nuestra libertad (<https://newleftreview.es/issues/44/articles/peter-wollen-teoria-de-la-mirada.pdf>).

No soy capaz de entender o explicarme estos conceptos del filósofo, no se si ser corto de vista, le limitaba su mundo, o le impedía ver el escenario de la mirada o bien y con toda seguridad, su cabeza estaba mejor organizada que la mía.

Frases como «lo veo en tus ojos» se oye con frecuencia. Las personas somos seres visuales, que confiamos más en lo que vemos que en cualquier otra información sensorial. También oímos «los ojos son el espejo del alma o las ventanas del alma»; pero el alma es algo intangible que solo la espiritualidad de cada uno puede entender.

Para Santa Teresa la palabra visión, visión del alma, reunía unas bellezas inexplicables; que ella intenta y consigue explicar. La Santa no hacía distinciones entre los ojos del cuerpo y del alma. Uno de sus versos nos dice:

Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador.

Lo que asombra es lo que ve en las visiones; las ve como si viera a una persona cercana, con la misma naturalidad. Visiones que reflejan un lenguaje espiritual, es su poesía la voz del alma humana:

Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así
en mis entrañas pintada,
si te perdieras, mi amada,
Alma, buscarte has en mí.

Es posible que, como en otras tantas facetas de la vida, exista una compensación en el momento que nuestros ojos pierdan fuerza y vigor, algo así como si la vista del alma se hiciera más aguda a medida que empeora la del cuerpo. Lo enseña Platón en el Banquete: «los ojos del espíritu no comienzan a hacerse previsores hasta que los del cuerpo se debilitan».

Ojos del cuerpo y del alma; ojos que permiten vez la luz y ojos que se ciegan; ojos que ven y ojos que te ven; ojos que miran y ojos que te miran, Ver y mirar, dos palabras que encierran dos formas de visión.

Para ver basta el sentido de la vista; para mirar se necesitan otros centros al servicio de la inteligencia y la memoria visual que crean; miles de historias que contar. Puede que no sean historias bonitas pero lo que es indiscutible es que toda historia, por definición, merece ser contada.

Son pues, diferentes modos de ver: una visión externa, el simple hecho de ver, y otra visión interna, el mirar, ese escenario en el que tantos actores participan y que refleja los sentimientos y todos los estados del alma de quien mira, y es que el mirar con buenos o malos ojos acompaña a todos los actos de cariño, alegría, así como los de tristeza e ira. Y son situaciones que no se pueden disimular salvo en casos de refinada hipocresía.



Me gustaría terminar reconociendo el poco valor que tendría el ver si su pérdida no acarrearía la ceguera. En mi profesión, sabemos que muchas personas jóvenes y no tan jóvenes no son conscientes de este don y solo cuando les ocurre algo en ellos, se dan cuenta de su valor: valoran entonces lo que están perdiendo: el disfrutar de la familia, de la naturaleza, de todo lo que nos rodea, de la lectura o de su propia independencia, entre otras muchas cosas. En el trato con los pacientes, pensamos que debe haber algo en ellos, algo que debe hacerle ver esta situación, como un modo de vida, «como uno de los estilos de la vida de los hombres» como diría el escritor argentino José Luis Borges.

Queridos académicos, señoras y señores, parafraseando al Prof. Andrés Amorós, «Soy un médico oftalmólogo y modesto profesor jubilado, lo que ocurre es que me gustan muchas cosas de la vida: mi trabajo, la lectura, el cine, los toros, la grandeza de la mar y de la naturaleza, la amistad en una buena mesa, el buen humor.... Y como sabemos que la vida tiene cosas duras, desagradables, hay que procurar disfrutar cada momento de las cosas buenas, donde incluyo todas las que me agradan, pero no deja de ser un difícil arte el transmitir estas sensaciones. Y si con estas palabras os he ayudado a olvidar un rato lo que estamos viviendo estos dos últimos años, pues mejor».

Pero con los pies en la tierra, toda persona debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin. Todo lo que pasa, las venturas y las desventuras todo, le ha sido dado como arcilla, tiene que modelarla y aprovecharla. Es el antiguo alimento de los dioses: La humillación, la desdicha, la discordia. Estas cosas nos fueron dadas para que la transmutemos, para que hagamos de las miserables circunstancias de nuestras vidas, cosas eternas o que aspiren a serlo. Debemos mirar hacia delante, porque en el mundo de hoy nadie espera a quien solo mira hacia atrás, nos dijo en algún momento nuestro Rey Felipe VI

Pero a pesar de estos deseos, tengamos siempre presente que todo lo que poseemos es algo prestado, incluso los ojos con nuestra mirada y que el paso de un estado a otro, de la luz a la oscuridad, no es más que el resultado del designio divino, que a veces es tan paradójico como incomprensible para los ojos del cuerpo y no para los ojos del alma. Como nos dice José Luis Borges en su poema de los dones:

Nadie rebaja a la lagrima o reproche
Esta declaración de la maestría
De Dios que con una magnífica Ironía
Me dio a la vez libros y la noche.